



La casa en la tierra (*)

Con la cámara fotográfica y una libreta de apuntes, Mariana Yampolsky y Elena Poniatowska recorren el país por todos sus rumbos. Objetivo del viaje: las casas; casas rurales, casas de montaña, de llanura, de pueblos perdidos y de alejados caseríos. Y con las casas, a través de ellas, sus habitantes.

Nada revela mejor al hombre que los cuatro muros que lo protegen, que aíslan su intimidad, que vigilan su sueño y enmarcan sus ensoñaciones. Aquello fijado por la lente de la fotógrafa se enriquece con la experiencia recogida por la escritora. La sensibilidad de una y otra se complementan; lo que una capta, la otra lo enriquece.

Una primera casa desafiante en la colina marca la tónica que habrá de repetirse: cuatro muros que exhibirán todos los materiales posibles y un techo de dos aguas. Sólo en algún momento el coscomate redondo, macizo, que encierra el grano y alguna casa circular romperán la regla de líneas rectas ¿influencia africana, tal vez?

Más adelante una foto memorable: dos parejas con sus mejores galas para celebrar una boda mazahua. La riqueza de las faldas de ellas recuerda todavía el traje regional. Ellos, en cambio, visten la ropa que los driles y las fibras sintéticas

* *La casa en la tierra* fotografía de Mariana Yampolsky, texto de Elena Poniatowska. Publicado por el Instituto Nacional Indigenista y Fonapás. México 1980. 71 pp.

han generalizado en todo el país. Sólo sus rostros, enmarcados por la caída lacia de los cabellos, testimonian su origen. Tal vez al salir de la iglesia se pondrán a construir su casa; o quizá ya esté edificada. "... porque entre los indígenas la casa da para mucho, envuelve a todos, empolla, se estira mágicamente. 'Ahí nos calentamos' dicen."

Más adelante un anciano, sentado al lado de su báculo, explica con ademanes las características de su vivienda. El sí conserva su atuendo tradicional: el calzón y la camisa blancos contrastan con el color de tierra seca de sus huaraches y su sombrero de palma. Como su indumentaria, la casa en la que habita se apega a la tradición: igual a la que hicieron sus padres y los padres de sus padres.

Todos los materiales parecen servir: vara, zacate, piedra, láminas de cartón, madera y vigas ensambladas, teja de barro, tejamanil, palma, vara enjareada, lodo, pencas de maguey, bambúes, bejuco, otate, bajareque, adobe.

El pórtico de esta casa michoacana de Tancítaro es toda una guía de vida cotidiana: las plantas de los botes suspendidos en columnas de troncos alternan el colorido de sus flores con el de la ropa que cuelga en tensos mecates. También cuelgan algunas mazorcas y un soplador de palma. Pero no todo está por encima de las cabezas de las tres mujeres que bordan el punto de cruz de sus blusas blancas. Por el suelo se ve el cajón que hace las veces de cuna para el recién nacido, las sillas, las telas y demás material de costura y atrás, recargados sobre la pared, los costales que encierran el producto de tal vez todo un año de trabajo en la tierra.

En medio de todas estas casas: la casa de Dios y la casa de los muertos. La iglesia, el muro atrial con tumbas y el osario tienen ¿por qué no? también su lugar.

En este mosaico nacional que Mariana Yampolski y Elena Poniatowska han formado, muchos son los estados del país y los grupos indígenas en él representados: otomíes, zapotecas, mixtecas, huaves, mazahuas, tzelzales, chinantecas, nahuas, chamulas, triques. Todos convocados por algo que les es común y que es universal: la casa en que nacen y mueren, que los guarda y protege, que es su orgullo y su riqueza.

Elena Urrutia

La voz del silencio

Nuestro país —cualquier país— tiene muchas caras; relucientes y prestigiosas unas; las más, ocultas tras el anonimato, la grisura, el poco relieve, pero no por eso menos significantes. El registro de aquéllas siempre cuenta con adeptos; a

Fuerte es el silencio por Elena Poniatowska. Serie Crónicas de Ediciones Era. México 1980. 278 p.p.

éstas parecería que nadie quiere verlas, que su sola mención incomoda. No hace falta. Elena Poniatowska se ha empeñado en descubrirlas y su interés, por sí solo, vale el de muchos. A esos rostros desdibujados y silenciosos les devuelve no sólo sus perfiles sino les presta su voz; para colmar su silencio, para denunciar el olvido en que han sido confinados, para exigir la justicia que se les ha arrebatado.

Y en el solo acto de escribir sobre ellos, los sin rostro, los sin voz, Elena Poniatowska, con la suya, suple el silencio que los define, clausura el silencio que los rodea. Primero son Los Angeles de la Ciudad, esos ejércitos de subempleados y desempleados que en una sola vida pueden resumir todas las ocupaciones posibles: golondrinos y marías, mecapaleros, cargadores, vendedores de todo (Kleenex, chicles, fruta, juguetitos de plástico, pomadas, dulces), la de chícharos y cerillos, voceadores, boleros, cuidadores de coches, macheteros, ropavejeros, aboneros, pepenadores, barrenderos: la lista es infinita. Los sociólogos y los economistas, señala Elena Poniatowska, suelen llamar "marginados" a los ángeles de la ciudad. Han llegado tarde al banquete de la vida y sólo les tocaron sobras... Las sobras que tiramos a la basura, los sobrantes de monedas que les damos para que no insistan en limpiar el parabrisas y para que no desplieguen ante nuestra vista el ominoso espectáculo de mover la panza o tragar fuego.

El movimiento estudiantil de 1968 (desencadenado aparentemente por un pleito sin importancia: unos cuantos vidrios rotos, y que terminó en la matanza del dos de octubre, diez días antes de inaugurarse la fiesta olímpica) es para Elena Poniatowska sorprendente porque una masa hasta entonces muda toma la voz y la calle y logra la más grande movilización independiente en la historia contemporánea de México: "el movimiento más extraordinario después de la Revolución Mexicana". Una masa que, si bien pueden atribuírsele multitud de pretextos aparentes, se rebelaba contra la miseria del país, contra la impostura, contra la corrupción.

El movimiento estudiantil de 1968 fue el despertar político de los jóvenes y, ese año "México fue joven y nos hizo jóvenes a todos".

No hace falta recordar el memorable libro de Elena Poniatowska *La noche de Tlatelolco* publicado por la misma editorial que saca ahora *Fuerte es el silencio*. Las treinta y tantas ediciones que ha conocido hablan con fuerza de su excelencia y de la necesidad de esta crónica que ahora aparece, no para redimir al movimiento de sus errores sino, como dice Poniatowska citando a Monsiváis, porque ningún homenaje a ese gran momento de nuestra historia está de más.

No es por casualidad que la autora afirma que a partir de Tlatelolco la vida de muchos mexicanos quedó dividida en dos: antes y después de Tlatelolco. Como una secuela natural, leemos con la misma pasión que las crónicas anteriores la que consigna el "Diario de una huelga de hambre" y la que se refiere a los suscitadores de esa huelga "Los desaparecidos

políticos".

Porque diez años después del movimiento estudiantil, los mexicanos jóvenes siguen desapareciendo. Cuatrocientos ochenta y uno hay ahora en el país. Para dar testimonio de ello, ochenta y tres mujeres inician, el veintiocho de agosto de 1978, una huelga de hambre en Catedral, justamente en frente de Palacio Nacional donde pocos días después el presidente de México rendirá su informe anual de gobierno. "¡Algo teníamos que hacer por nuestros muchachos!", dice Rosario Ibarra de Piedra —fundadora del Comité de Presos, Perseguidos, Exiliados y Desaparecidos Políticos—, la infatigable madre que ha logrado movilizar a todas aquellas a quienes la desaparición de sus hijos, esposos, hermanos resulta intolerable: "la muerte mata la esperanza, pero la desaparición es intolerable porque ni mata ni deja vivir". Ellas sólo piden que, si sus desaparecidos han cometido algún delito, se les juzgue, pero que las dejen verlos. El dolor ha transformado a estas mujeres en luchadoras políticas.

Aunque el jueves treinta y uno de agosto fue rota la huelga, la lucha, sin embargo, no ha sido rota.

El desaparecido, dice Elena Poniatowska, se lleva hasta su silencio. Para el opositor, en México, no hay cargos, simplemente se desvanece.

Pese a las amnistías que concedió el gobierno mexicano en 1978 y en 1980 se calcula que aún quedan en cárceles clandestinas de ciento cincuenta a quinientas personas entre quienes probablemente se encuentren muchos de los desaparecidos. La mayoría en México son de extracción campesina o proletaria; el número de estudiantes es pequeño y el de profesionistas, mínimo.

Y la paradoja salta de inmediato: México es aún el refugio de todos los perseguidos y exiliados políticos de América latina. Vienen a nuestro país porque aquí se sienten libres —señala E.P.—. Pero aquí también hay desaparecidos. No se parecen a los del resto de América latina porque no tienen nombre, son campesinos y analfabetos la mayor parte.

El silencio que guardan las autoridades es su principal acusación y, agrega la autora, si no podemos romperlo, al menos podemos divulgar el secuestro y la desaparición de cientos de latinoamericanos. Así como América latina inaugura esta práctica infamante, puede inaugurarse otra forma de lucha que la mine en sus cimientos: la de la inmediata divulgación a nivel internacional.

La última de las crónicas de *Fuerte es el silencio* relata la formación de la colonia Rubén Jaramillo que se inició con la invasión de Villa de las Flores, el treintauno de marzo de 1973, en las afueras de Cuernavaca. Si las crónicas anteriores son excelentes, ésta que titula "La colonia Rubén Jaramillo" podría proponerse ya como un clásico. Al tiempo que Elena Poniatowska narra el proceso de fundación de la colonia, va construyendo al personaje central que la hizo posible (dio tierras a diez mil personas, repartiéndoles mil quinientos lotes de doscientos metros cada uno), al carismático Florencio Medrano Mederos, el Güero Medrano, campesino de origen,



cuyo objetivo final al invadir la tierra no era asentarse en ella: más que una posesión, el Güero veía en la Jaramillo un detonador para iniciar la lucha armada. "Pensaba —refiere Elena Poniatowska— sentar su primera base de apoyo en la Jaramillo, convertirla en territorio libre dentro del Estado de Morelos y buscar después otra base, un pueblo aquí, otro allá, desde el cual partir para levantarse en armas siguiendo el esquema chino".

Con la misma convicción con que el Güero Medrano atacó el alcoholismo en la Jaramillo, no sólo prohibiendo la venta de bebidas embriagantes en la colonia sino también dando órdenes estrictas de no dejar entrar en ella a quienes llegaban ebrios, con esa convicción apoyó a las mujeres cuyas jornadas, decía, no eran de ocho horas sino de dieciséis, de dieciocho sin sobrarles tiempo para vivir, y cuya falta de seguridad en la colonia lo indignaba: "Basta —gritó un día en una asamblea— de abusar de las mujeres. No toleraré uno solo. El colono responsable quedará inmediatamente expulsado. 'Ninguna mujer debe sentirse mal en la Jaramillo, podrán caminar en la noche, con la certeza de que nada les va a pasar' ". Y muchas mujeres solas encontraron la posibilidad de tener una casa para ellas y sus criaturas y, todavía hoy, permanecen en la colonia. Jamás han sido molestadas.

En la madrugada del veintiocho de septiembre de 1973, unas cuantas horas antes de que entrara el ejército en la Jaramillo, desapareció el Güero. La Jaramillo no sólo había demostrado que un grupo humano puede oponerse al gobierno sino también convertirse en fuerza política.

Cinco años más tarde el Güero Medrano sería muerto por el ejército en la Sierra de Oaxaca, y su gente, o está muerta o

purga una condena de cuarenta años, acusada de plagio, homicidio, robo, asalto a mano armada y asociación delictuosa.

Elena Urrutia

Rosario Ferré: *Sitio a Eros*

Rosario Ferré, escritora puertorriqueña, es conocida en México por algunos ensayos publicados en revistas, pero sobre todo, por dos excelentes textos narrativos: *La caja de Pandora* (México, Grijalbo, 1976), y *La caja de Cristal* (México, La máquina de escribir). Recientemente apareció un libro de ensayos, *Sitio a Eros* (México, Joaquín Mortiz, 1980), en el que la autora escoge a varias mujeres escritoras, militantes, artistas, con la intención de presentarlas al público, sin otro denominador común que el gusto personal que tiene por ellas. Esto es válido, porque en la escritura importa menos el tema o la razón para hacerlo que cómo se haga. Y aquí radica precisamente el problema del libro.

El texto está dividido en dos partes principales: una teórica y otra de casos concretos. En la primera parte, aunque el ensayo fundamental se titula "La autenticidad de la mujer en el arte", se refiere concretamente a la escritura y las mujeres. Ferré resume lo que las feministas han venido sosteniendo durante mucho tiempo: la situación histórica se ha opuesto al desarrollo de la libertad material e interior de la